

ALBERTO GARRANDÉS

Unplugged

(fanfarria por un hombre común)



Edición: Pablo de Cuba Soria

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Imagen de cubierta: *La agonía del represor*,
de Alberto Garrandés

© Alberto Garrandés, 2025

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798296433596

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Para Elsy Obregón: por la entereza,
el corazón y la sensualidad.

Para Alberto Garrandés Obregón:
Per aspera ad astra.

*Hay una especie de bruma en la que la razón no
puede sobrevivir.*

Lord Dunsany

Disonancia nocturna. Obertura. *Overtour*.

Shine on, you crazy diamond.

¿Manifestaciones paroxísticas de la sensibilidad, donde la conciencia sobre la cercanía del mundo de las sombras produce una corriente de temores fundados en la principalía de la Noche?

Todas estas figuras familiares. Todas estas. Sin menoscabo de sus formas anteriores. Sin que las formas de hoy sean favorecidas, porque las formas de ayer también cuentan.

Hay más personas aquí, dentro de mí, dentro de mi cabeza, escondiéndose entre las paredes de mi mente. Las oigo. Oigo sus voces. Ellas saben que

puedo oírlas. Y entonces hablan. A veces hacen ruido. A veces sólo susurran. Pero nunca o casi nunca callan. Intentan imponerse unas a otras, gritan, pelean por la supremacía. Pelean por el *logos* y la calificación extremada de los signos.

No, no me veo rodeado de neones. No me veo leyendo poemas en un escenario, ni con una guitarra, ni frente a un montón de desconocidos afectuosos. Mis amigos saben.

Voz espectral y lastimera, de noche, en la noche, o en la entrada de la noche, pero con la luz del Sol peleando aún contra el índigo de las tinieblas. Encendida permanece la lámpara junto a mi cama de espectro que se aproxima, a grandes pasos, por la calle, sin llegar aún a su destino.

Aquí empieza el laberinto de maquinaciones y embustes de aquel en cuya sangre vive la impracticable idea de renunciar a lo que nunca tuvo. Aquí empieza la penuria, la mengua, la privación. Conjuras y tretas contra la noche viva, contra la soledad resistente, gallarda, longeva.

Fanfare for the Common Man, Aaron Copland, 1942.
Fanfare for the Common Man, Emerson, Lake & Palmer, Works, vol. 1, 1977.

¿Por qué dice él que la materia y el mundo real no son otra cosa que una manifestación residual de la mente emotiva? Qué caballero más pamplinos...

Hay un cubo negro que se mueve en el aire cálido de una calle desierta. El cubo gira a muy poca velocidad y a veces se balancea. Entre el suelo y él hay 50 cm. Está hecho de obsidiana, o de ónix, o quizás de plástico. Desde el lugar donde me encuentro, a unos 20 metros del cubo, me resulta imposible elaborar alguna idea útil sobre su constitución.

Muerte masiva de aves.

En el desierto no puedes recordar tu nombre.

Tengo el video donde por primera vez Belladonna tiene sexo anal, con 18 años. Pero también tengo un corte no usado de *Angel Heart*, en específico un fragmento donde Lisa Bonet empara su cuerpo de

agua, para huir del calor, y se le marcan los pezones bajo la blusa. La única diferencia, con respecto a lo que se ve en *Angel Heart*, es que allí la cámara se encuentra, igual que el cubo, a 50 cm del suelo (como si se tratara de la cámara de Ozu), mientras que en el corte no usado la misma cámara se eleva 2 metros, igual que la mirada de algún demonio sediento.

El poder de los muertos sobre los vivos. El poder de los muertos sobre lo que se considera vivo. La inexacta noción de lo vivo ligada a lo orgánico.

No sé si el cubo al que me refiero llegue a ser un sólido platónico.

En cada higo hay una semillita sagrada. Si la muerdes, la realidad cambia. Comer higos secos persas. Comerte el higo de una jovencita persa. Polución nocturna. Sueño. Comerte en el sueño el chocho parpadeante de la jovencita persa, y que después susurre, para ti, versos de Omar Khayyam.

Aunque no es como para tirar cohetes.

Hay una película coreana donde una mujer muy joven le pregunta a un desconocido, después de leer sus diarios, si ha continuado viendo hormigas. Y le dice que la gente solitaria tiene alucinaciones con hormigas. La mujer es cocinera y se ha atrevido a llevar al desconocido a su propia casa por dos razones muy sencillas y poderosas: lo encuentra misterioso y le gusta físicamente.

El espectador caería en un éxtasis aparente, trivial, y experimentaría una inquietud vaga (pero por momentos injuriosa) a causa de la mirada de los otros. Sería advertido por ellos, y prevenido gracias a las huellas de un ir y venir sin fin, con los ojos oscuros, lamidos por la opacidad, ciegos tal vez. Y esto lo pondría en una mala situación. Ya no sería un sujeto confiable. Debería permanecer allí, detrás de su mesa, con la luz apagada, en el suelo, renunciando a su cómoda silla.

¿Quién susurra? ¿Qué?

La llegada de la mujer-libélula. Describirla. La imposibilidad de describirla. El higo de la mujer-libélula. El horror de sumergirte en un *ficus absconditus*.

Where the Light Is.

Debería estar cerca de las hojas caídas que recuerdo y de las raíces que evoco. Cuando, feliz, daba mis viajes a casa de mis padres a través de un misterioso bosquecillo, ¿era lo oscuro eso que entonces me auxiliaba? La caricia de lo oscuro. ¿La lobreguez voluntaria de quien sabe que sólo tiene el recurso de ocultarse dentro de sí?

La situación está de pinga, hermano.

A mí el COVID no me hizo ningún daño, en apariencia. No tuve malestares. Respiraba bien. No experimenté cansancio. Pero empecé a eyacular con sangre. Hematospermia. Era, al principio, un fenómeno extraño y ya. O sea, claro que lo era. Lo que quiero decir es que *era extraño sin ser alarmante*. No creo que exagere si sostengo que la hematospermia es un problema también estético. Un problema de los cuerpos que se adelantan a la muerte y se rodean de sus trazos.

Para articular bien la arbitrariedad de lo real con el sentido del aburrimiento, debería crearse una

fluidez contextual respecto de la autorreclusión pandémica. Una fórmula eficaz es la de ver películas discontinuas, casi aburridas, donde las derivas y los enlaces sean el resultado de una continuidad no factual, sino emotiva. Y crear, así, una resonancia física. Películas lentas, medio adormecedoras (que se ajusten al confinamiento deliberado), pero que tengan un punto de color en el erotismo y el sexo. Ahí empieza todo.

Orlok llora sangre cuando el gallo canta y el sol le da en el rostro.

Por si no me lo preguntan: me gustaría ser un hombre de mentalidad jasídica.

Lo significativo es que él esconde el dinero que le trae La Tribu (2000 USD) dentro de un libro hueco lleno de discos y titulado *Simulacra and Simulation* (Jean Baudrillard).

Dice Novalis que no hay nada más poético que las mezclas y las transiciones heterogéneas. Pero eso es uno mismo. Pura *poiesis*.

¿Mariposas azules libando en el costillar sangrante
de un antílope?

Seguro estaré muriéndome. Pero me callo y no digo nada. No quiero ser como ese caballero tan pamplinoso.

Anoche, muy tarde ya, alguien tocó en mi ventana y me hizo saber que la Pinacoteca existía. No quise abrir. *¡La Pinacoteca!*, escuché que esa persona exclamaba con asombrado entusiasmo y cierta perentoriedad. Por dentro del calor se escurría un viento helado. Aseguré los pestillos, temeroso de volver a escuchar aquella voz.

Plinio el Viejo recomendaba, para curar la epilepsia, la ingestión de sangre tibia de gladiadores.

Nunca bebas agua que viaja por tuberías. Ve a la montaña. ¿El arroyo de la sierra te complace más que el mar?

En aquel hotel sudamericano donde, para el desayuno, había siempre tarta de limón, trabajaba una

gordita en quien no se observaba ningún rasgo del soma andino. Era blanca. Casada. Hija remota de conquistadores castellanos. Me dijo: *Regáleme un libro suyo*. Le contesté: *Lo tendrás luego, en la cena*. Pero antes de que sonara la alegre campanilla con que la administradora anunciaba que la cena estaba lista, la gordita hizo toc toc en la puerta de mi habitación y, con obvio nerviosismo, gritó: *He venido a buscar el libro que usted me prometió*. Y se sentó en el borde de la cama.

El problema del cáncer se divide en dos: hay estadísticas y casi ninguna cura. Las estadísticas cultivan una tenebrosidad alarmante, pues si estás realmente enfermo los médicos alcanzan a vaticinar cuánto te queda de vida con tratamientos y sin ellos. El hecho de que no haya casi ninguna cura se explica con facilidad: existen, pero están escondidas. Las transnacionales farmacéuticas no pueden elaborar medicamentos útiles. Quebrarían. Tienen que vender dos tipos de tratamientos: los inútiles pero aliviadores, y los que son útiles de veras pero sólo en un número irrisorio de personas que, por lo demás, son tan efímeras como insignificantes.

Un cine con pespuntes ligados al sexo o su presunción. Un cine difícil de comunicar. En suma:

películas que uno no pueda contarle a nadie porque son prácticamente no-narrables excepto cuando discurren hacia la representación sexual o sus umbrales. ¿Puede uno contarle a un amigo *Post Tenebras Lux* (2012), de Carlos Reygadas? ¿O *The Limits of Control* (2009), de Jim Jarmusch? ¿O *Hierro 3* (2004), de Kim Ki-duk? Se hace el intento, pero al cabo uno fracasa y empieza a decir tonterías.

Los ojos del hombre Sin Gracia, el hombre desgraciado, de la desgracia. Hombre menesteroso, sin acceso a la castidad, pero tampoco a la belleza ni a la voluptuosidad.

¿Cómo morderle la cola a un *Tiranosaurius Rex*?

Yo soy una de las suplicantes, no quiero casarme, no quiero marido, quiero mi libertad otra vez, ya fui esposa de alguien y no me fue bien. Eso me escribió una amiga una tarde, tiempo atrás, antes de conocernos de forma apropiada. Antes de intimar frente a las tazas de café. Antes de ver películas juntos. Antes de tener sexo y abandonarnos a su práctica de una forma capitalmente académica. Esta indicación alude a una gimnasia convencional

y, aun así, deleitable. No puedo decir otra cosa. Ahora, pasados los años, ella repite más o menos lo mismo. En el presente somos grandes aliados.

¿Dónde estaban las piezas del traje de combate, las cintas sedosas, el amarillo diminuto y sangrante, el olor de la albahaca, el trazo volátil del aceite de sésamo? / Oyéndose va la balada de Kashmir, y algo crecía o se alzaba con los himnos de la noche... / Sudores ligeros, una laca irregular, un ornamento de agua en las rodillas / Había un rincón acariciado por los libros, y una tela fina y azul como un relumbré de cielo al mediodía.

Ser blanco y descender de aristócratas franco-catalanes es un lío. Hubiera preferido ser mulato. Las hembras con mi ADN tienen olores corporales dulces y lloran cuando alcanzan el orgasmo. Los varones somos sentimentales, sudamos poco y necesitamos tener orgasmos a diario.

Y aquí vemos el presumible y presumido autorretrato de un Rembrandt joven, delgado aún, con rostro de quien se sabe visto y ocultando ese disfrute. Es un dibujo a tinta o un grabado. También podemos ver el culo al aire de una cortesana de Boucher en

su reclinatorio, disimulando, bocabajo, la fruición de unos muslos bien separados.

Acérquese, profesor, mire de qué modo amanece allí. El *vaporetto* cruza el mar hacia el Lido, y, si no fuera porque usted lo ve con nitidez, diría que ambos estamos en un lienzo de Turner. Nadie va hoy al cementerio judío. Hay fiesta. ¿No le gusta esa música? Bien. El *vaporetto* rinde viaje cerca de San Nicolo. Es una suerte. Podremos visitar el monasterio y el taller de los restauradores. Apóyese aquí, profesor. Observe las gaviotas, ellas siguen una señal invisible y se alejan de las tragedias. Son libres y cumplen un destino en el brío y en el morir. ¡Póngase la bufanda! De este lado sopla una frialdad antigua. Dicen que nació en las ruinas de Babilonia, de las plagas del Dios de los Ejércitos. No, no estoy bromeando. Salte ahora, profesor, estos chicos van a ayudarnos. Así. Pise con cuidado... el mar no lo quiere a usted. ¿Reparó en esas miradas? Atraviesan el alma como un rayo y después se produce un silencio mortal. Venga, caminemos un poco, ya estamos cerca del taller. ¿Se siente mal, profesor? ¿Regresaría al hotel? ¿Sí? ¿No? ¡Ah, usted quiere volver a la playa! Bien. El *vaporetto* viene en unos minutos. ¿Pedimos que nos sirvan el almuerzo en la orilla y así descansa un poco? Tadzio estará por allí, jugando con sus amigos.